

# LA ENAJENACION SOCIAL DE LA MUJER EN A RAS DEL SUELO, DE LUISA GONZALEZ

POR

SEIDY ARAYA S.

*Universidad Nacional, Costa Rica*

*A ras del suelo* (1970), de Luisa González, narra, al igual que *Noche en vela* (1968), de Rima Vallbona, el tránsito de una joven de su pubertad hasta su adultez. Pero la obra se gesta a partir de la visión de mundo de las clases populares y no de la burguesía, como en el caso de *Noche en vela*. Además, Rima Vallbona sitúa la acción en los años cincuenta; Luisa González recrea la vida urbana de la Costa Rica de los años veinte y treinta.

*A ras del suelo* responde, en gran medida, a la sensibilidad de la generación del cuarenta, aunque haya sido publicada tardíamente. La misma escritora confiesa<sup>1</sup> que elaboró los primeros originales antes de la Revolución de 1948, durante la cual desaparecieron. La versión definitiva del texto fue compuesta en 1968 y publicada dos años después. En ese momento, Luisa González, familiarizada con los complejos y ya maduros procedimientos narrativos de la novela hispanoamericana actual, se encuentra entre opciones estéticas diferentes a las de los relatores del cuarenta. La autora, sin embargo, se mantiene, en esencia, fiel a la escritura neorrealista de aquella época<sup>2</sup>. Percibe la complejidad formal como un obstáculo a su intencionalidad básica, que se dirige a la divulgación de las miserables condiciones de existencia de las clases trabajadoras urbanas y a la crítica de las relaciones sociales de producción<sup>3</sup>. Aunque supera el natu-

<sup>1</sup> María de la Luz Guzmán, *Entrevista a Luisa González* (Heredia: Centro de Estudios Generales), 18 diciembre 1979 (inédito).

<sup>2</sup> Cfr. Cedomil Goic, «Brevísima relación de la historia en la novela hispanoamericana», en *La novela hispanoamericana. Descubrimiento e invención de América* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1973), p. 54.

<sup>3</sup> La crítica señala que González se encuentra «... sin el menor deseo de hacer lo que comúnmente se entiende por obra literaria —en el sentido de bordadura,



ralismo y el folklorismo, despliega una concepción utilitaria de la literatura, que privilegia su función cognoscitiva. El deseo de la comunicación explícita del mensaje, de la denuncia social, imponen la sencillez estilística y el apoyo a las formas de la narrativa tradicional, facilitan al destinatario (la juventud, los trabajadores) la recepción de sus enseñanzas. En esa tónica, aporta a la generación del cuarenta el cultivo de una veta poco explotada: el tema de la ciudad y sus barrios bajos<sup>4</sup>.

La presencia de los estratos populares en la narrativa costarricense, desde la década del veinte, bajo la forma de personajes simbólicos o colectivos<sup>5</sup>, portadores del destino de un sector importante de la nacionalidad, se halla en estrecha relación con el papel protagónico del movimiento popular en la vida pública; éste organiza las reivindicaciones de los derechos laborales, participa en el gobierno e impulsa una reforma social, hasta que es derrotado en la guerra civil de 1948.

La efervescencia de obreros y campesinos se ve estimulada por los estudiantes inspirados por la Reforma de Córdoba de 1918 y por la adhesión de los intelectuales, como Joaquín García Monge, Mario Sancho, Vicente Sáenz y Carmen Lyra a los estratos populares<sup>6</sup>. Asimismo es impul-

---

filigrana y encaje—...». Cfr. «A ras de suelo, nuevo montaje de Tierranegra», *La Nación* (sábado, 28 de septiembre de 1974), p. 2B.

<sup>4</sup> Resulta pertinente señalar la huella de los ensayos y relatos de Carmen Lyra en la prosa de Luisa González, por ejemplo, de la ciudad de San José, vista a través de una conciencia; trabajo que describe la miseria de los sectores bajos y de *Las siluetas de la Maternal*, y en Alfonso Chase, relatos que cuentan sus experiencias con los niños pobres.

<sup>5</sup> Cfr. Flora Ovares y Seidy Araya, *Los antecedentes de la Revolución de 1948 en el ensayo*, mimeografiado (Heredia: Universidad Nacional, 1978).

<sup>6</sup> Cfr. Mario Sancho, *Desencanto republicano*, selección, prólogo y notas de Seidy Araya y Flora Ovares (San José: Editorial Costa Rica, 1985). En esta obra, las críticas explican que, en Costa Rica, diferentes sectores intelectuales conceptualizan los movimientos de protesta y la crisis de valores que acompaña al debilitamiento del régimen oligárquico liberal. Su discurso tiende a detectar y desmitificar la ideología dominante, como respuesta al malestar generalizado en la sociedad ante la decadencia del sistema de valores de la república cafetalera y la incapacidad de la oligarquía de enfrentar la crisis.

La peculiar situación de algunos de estos individuos en la sociedad les permite conocer la cultura europea y norteamericana por medio de sus viajes y estudios. A la vez, gracias a sus actividades como profesores, periodistas, escritores o profesionales liberales, pueden conservar una relativa independencia dentro de la actividad económica de la oligarquía. A lo anterior hay que agregarle la cercanía que mantienen con los intereses y luchas de los grupos populares y el contacto permanente con otros miembros de su generación de distinta extracción social, como elemento que refuerza su posición independiente.

El carácter crítico, radical y cuestionador de sus planteamientos, se vigoriza también debido a la independencia que estos sectores guardan en relación con los inte-



sada por los inmigrantes europeos y los exiliados políticos perseguidos por las dictaduras latinoamericanas. El influjo de la Revolución mexicana de 1910, de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución rusa de 1917 es intenso. La época de la república oligárquica liberal se agudiza durante la crisis económica de 1929 y la crisis que durante estos años golpeó al país, la cual ha sido analizada con detalle en varios trabajos<sup>7</sup>. Estos estudios señalan el inicio de la desvalorización de las exportaciones a partir de 1925. El aumento en el volumen exportado, así como la política de empréstitos impedían percibir lo ficticio del bienestar económico que se disfrutaba. La inestabilidad y la posterior caída de los precios de los productos de exportación más importantes (café, banano y cacao) determinó la crisis del comercio exterior y la consiguiente crisis fiscal debido a la reducción de las rentas de aduana, que constituían la principal fuente de divisas.

Como producto del deterioro en la capacidad adquisitiva de amplios sectores sociales sobreviene una crisis comercial que produjo la quiebra por los bajos precios de los artículos de consumo básico, afectó sobre todo a los pequeños productores y los jornaleros y a la vez obligó a la importación de artículos de primera necesidad, como frijoles, manteca y maíz.

La crisis social, a su vez, se manifestaba en el desempleo creciente y en los movimientos migratorios al Atlántico, San Carlos, El General, Turrialba y otras regiones del país. La presencia de barriadas sin las condiciones mínimas de seguridad e higiene y el aumento de enfermedades endémicas, desnutrición y mortalidad infantil, fueron otros efectos de la crisis sobre los grupos populares.

Botey y Cisneros mencionan también la crisis política que acompañó al deterioro de las condiciones de vida. Esta se manifestó en una serie de conflictos interestatales y en la protesta de sectores antioligárquicos provenientes de la pequeña burguesía urbana y rural. A lo anterior se suma la aparición del Partido Comunista y el brote de una serie de movimientos de protesta, como la huelga bananera de 1934, las huelgas de zapateros en los años 1934 y 1936 y las huelgas de trabajadores del azúcar, entre otras.

Tanto los sectores medios como los proletarios refuerzan su presencia a raíz de la fuerte expansión de la población y la mayor concentración

---

reses de clase de los grupos medios, emergentes en las décadas del treinta y el cuarenta, individuos problemáticos frente a su sociedad, su pensamiento no se halla limitado por intereses muy concretos de ascenso político, como sucederá con la generación posterior. Situados en una época de transición ideológica y socioeconómica, enfrentan de manera crítica un sistema ya ineficaz y caduco históricamente.

<sup>7</sup> Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista en Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1984), pp. 58-70.



urbana. Aumenta la población dedicada a la manufactura y disminuye la dedicada a la agricultura. Se expanden el área de servicios y la burocracia. La necesidad de ampliar la participación de nuevos sectores en el gobierno, así como de modernizar y dinamizar el Estado, representa una manifestación de la crisis en el plano ideológico y es producto de la irrupción de estos sectores en la vida del país.

Sobre los conflictos que caracterizan este período afirma Vega Carballo lo siguiente:

El régimen político imperante se regía por los principios y las fuerzas de un esquema básicamente liberal —a pesar de varias e inconexas decisiones favorables al intervencionismo estatal, que se venía dando desde tiempos de la primera guerra mundial—. Por tanto, la divergencia política, asentada en los intereses de los grandes cafetaleros, usureros, comerciantes y representantes del capital extranjero no contaba con los suficientes mecanismos institucionales para una acción estatal concertada que lograra compensar los efectos sociales de la crisis económica. Y así fue como, en medio de la confusión general de la época, en el plano social se fue gestando un descontento colectivo en las clases dominadas de la pequeña burguesía y los trabajadores que se vio alimentado por los rescoldos de las fogosas prédicas de la dirigencia del Partido Reformista, cuya crítica al liberalismo criollo alcanzara tanta importancia en la década anterior. Pero el creciente malestar social se vio esta vez articulado políticamente por el Partido Comunista, fundado sintomáticamente en 1931, y por los primeros núcleos de lo que posteriormente llegó a ser un agresivo movimiento reformista de corte socialdemócrata <sup>7 bis</sup>.

Tanto las capas medias como los grupos trabajadores cuestionan la legitimidad del régimen liberal, y aunque, en la Costa Rica de esa época, las formas capitalistas aparecen entremezcladas con persistentes estructuras precapitalistas en el agro, en la vida cotidiana, en las instituciones políticas, económicas y de organización social, a la dominación existente se impone, como alternativa, el socialismo.

Esa atmósfera optimista, propia de los grupos trabajadores en ascenso, ubicados en una época anterior a la crisis del 48, donde era evidente la aurora de un cambio en las estructuras políticas, económicas y sociales, es convertido en material estético por Luisa González.

De acuerdo con Botey y Cisneros <sup>8</sup>, la década 1920-1930 representa un período de búsqueda de una organización política independiente y encabe-

<sup>7 bis</sup> José Luis Vega Carballo, «Costa Rica: Coyuntura, clases sociales y Estado», en *América Latina: historia de medio siglo* (México: Siglo XXI, 1981), pp. 1-2.

<sup>8</sup> Botey y Cisneros, pp. 58-66.



zada por los trabajadores. Juegan un papel importante en estos años la presencia del reformismo, la formación de una seccional de la Liga Antiimperialista de las Américas, la creación de la Liga Cívica y la influencia aprista. Un intento para ofrecer una alternativa ante los partidos tradicionales lo constituyó el Partido Alianza de Obreros, Campesinos e Intelectuales, de carácter patriótico y antiimperialista.

La fundación del Partido Comunista, en 1931<sup>9</sup>, señala la madurez del desarrollo organizativo y político anterior, pero, a la vez, rompe, en cierta forma, la unidad del movimiento intelectual y popular, que se escinde en posiciones de clase. Dentro de este proceso juegan un papel importante las formulaciones estratégicas de la III Internacional, fundada en 1919, y la consigna de la clase obrera, campesina, contra el capital, que conduce a la separación total de las corrientes socialistas y socialdemócratas, así como al rechazo del populismo y del reformismo<sup>10</sup>.

La recuperación artística de un período de auge del movimiento popular corresponde, irónicamente, a los años de postración y actividad ilegal de las organizaciones populares después de la guerra civil del 48, lapso que se extiende hasta 1975. La escritora opta por el tratamiento de una época llena de posibilidades revolucionarias en lugar de novelar el deterioro de la alternativa socialista y popular ante el gobierno socialdemócrata. Este gobierno, que se considera como recuperador del centro político, establece, desde 1948, una redistribución de excedentes, un modelo de desarrollo rural basado en el pequeño/mediano propietario y asegura la alternancia en el poder de los partidos burgueses. El texto de González cumple, en 1970, una labor de apoyo a la transformación del clima hostil a la legalización de las actividades políticas de la izquierda.

*A ras del suelo* estructura una oposición fundamental entre los valores burgueses dominantes y los valores del humanismo marxista. Entre ambos polos evoluciona la existencia de Luisa, que entra en relación cotidiana con ambas concepciones del hombre.

Este análisis postula una hipótesis fundamental respecto a las imáge-

---

<sup>9</sup> Cfr. Marielos Aguilar, *Carlos Luis Fallas: su época y sus luchas* (San Pedro Montes de Oca: Porvenir, 1983).

<sup>10</sup> Luisa González nació en 1904. Desempeñó actividades importantes en la consolidación del Partido Comunista de Costa Rica y fundó, con Carmen Lyra, el primer centro educativo preescolar (1926). Se ha consagrado a sus compromisos sociales en calidad de dirigente político, maestra y escritora. Es fundadora de la Alianza de Mujeres Costarricenses. Ha sido administradora de los periódicos *Pueblo*, *Libertad* y *Nuestra Voz*, este último dirigido a las mujeres. Entre sus obras literarias se cuentan: *El pino joven*, *Una gira por la zona bananera*, *Tierra y paz: reforma agraria en Guatemala* y *A ras del suelo* (San José: Editorial Costa Rica, 1970). Las citas, según esta edición. Esta obra ha tenido ocho ediciones.



nes femeninas que el texto transmite: las mujeres trabajadoras de *A ras del suelo* adquieren dimensiones heroicas, en la medida en que poseen tesón, honestidad, fortaleza y solidaridad, rasgos que les permiten ascender, por medio de la educación, desde los estratos bajos a la pequeña burguesía urbana, y proponer, además, un proyecto político alternativo, de carácter socialista.

#### LOS VALORES BURGUESES HEGEMÓNICOS

La fracción burguesa dominante en la sociedad, así como ejerce el control del sistema productivo de bienes materiales, crea también sus intelectuales. Resulta explicable que el grupo dominante se incline por el sistema de valores que sus intelectuales proponen, porque los ha generado y se reconoce en ellos. Las clases hegemónicas tienen, generalmente, la capacidad para hacer que la sociedad, en su conjunto, asuma como propia esta ideología. En ese proceso, muchos tipos de intelectuales cumplen una labor insustituible como portadores, divulgadores y reelaboradores de la ideología. Son los maestros, los escritores, los artistas, los científicos y los líderes políticos, religiosos y laborales. Otros intelectuales conforman un núcleo de resistencia ideológica y son la base de la ruptura con el sistema establecido <sup>11</sup>.

En el caso de la protagonista de *A ras del suelo*, debido al ambiente de pobreza y a la ausencia de refinamientos culturales en que vive, presenta un primer estado acrítico. Al inicio se muestra a Luisa y a su familia en un intento por ascender y acomodarse al sistema existente mediante la educación <sup>12</sup>. Si Luisa se convierte en una estudiante normalista y luego en maestra, pasa del trabajo manual a la labor intelectual, lo cual implica mayores ingresos y prestigio social. La familia cambiará de barrio, de lenguaje, de amistades, en fin, de clase <sup>13</sup>. Véanse estos ejemplos:

Lo que yo fuera a aprender en las aulas de la Normal no era objeto de discusión. Eso no tenía importancia. Eso a nadie le preocupaba un comino.

«Tenemos que salir de este barrio» —dijo mi madre—. «Con el sueldito que va a ganar podremos al menos alquilar una casa de piso

<sup>11</sup> La versión teatral desmitifica la idea de la educación como forma de ascenso social. En 1974, el grupo Tierranegra ganó el Premio Nacional de Teatro por el montaje de *A ras del suelo*.

<sup>12</sup> Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales* (México: Grijalba, 1980).

<sup>13</sup> Se entiende por clase el lugar objetivo que ocupa un grupo en la estructura social; dicho grupo se ve afectado por problemas comunes y puede organizarse para diseñar soluciones adecuadas.

de madera. Siempre nos tocó vivir en casa de suelo negro y duro, de pura tierra; salir de ese estado y poder vivir ya en una casa de piso de madera significaba subir unas cuantas pulgadas en la escala social» (p. 107).

No hay rechazo de la organización social existente ni deseos de transformación. El texto refleja una actitud meramente reivindicativa. Los grupos bajos piden educación, que, a su vez, será el instrumento para poseer un empleo que permita su desarrollo integral.

La situación inicial del relato muestra a Luisa y su familia dedicados a diversas labores domésticas de artesanía y comercio en pequeña escala —cocina, costura, lavado y planchado, zapatería—. Llevan a cabo sus proyectos en el hogar, convertido en taller de manera conjunta. En cierta medida mantienen una relación afectiva con los objetos producidos. Pueden sentir su imagen plasmada en la tierra completa y bien hecha<sup>14</sup>. Sin embargo, su trabajo es enajenante en dos sentidos. En primer término, si se analiza su actividad dentro de la estructura social total y las relaciones en cuyo seno tiene lugar el proceso de producción, se encuentra el trabajo de esta familia sometido a las leyes del mercado de la sociedad capitalista. Es un problema que involucra el régimen de propiedad y las relaciones de poder. En esta relación de cambio, y debido a la división social del trabajo, la labor artesanal se considera inferior a la intelectual y recibe escasa remuneración. La segunda forma alienante del trabajo artesanal consiste en que es agobiante, excesivo; deja de ser expresión de la personalidad y se convierte en una actividad donde el trabajador se ve forzado. Sus modestos instrumentos de trabajo— el horno negro y la plancha de hierro de los González— son, por una parte, amados por su importancia en la sobrevivencia familiar, y por otra, rechazados como elementos esclavizantes, que se originan en dominadores de la labor cotidiana. El trabajo artesanal está, además, condenado a desaparecer ante el avance de la gran industria capitalista.

Es decir, el grupo artesanal que la familia de Luisa representa entrega su fuerza de trabajo y sus medios de producción en un mercado que los menosprecia y otorga escaso valor a sus productos. Por eso se empobrece en el aspecto económico. La división social del trabajo coloca al grupo en las clases bajas. Los medios de producción rentables están en manos de otros, que constituyen una minoría. El trabajo es sólo un instrumento para sobrevivir y no es propicio a la humanización<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> Cfr. Adolfo Sánchez V., *Las ideas estéticas de Marx* (México: Era, 1977).

<sup>15</sup> Cfr. Federico Engels y Carlos Marx, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* (Madrid, 1974), pp. 57-82.

Por otra parte, la división social del trabajo condena al sector artesanal, su empobrecimiento psíquico e intelectual. Quedan excluidos de los beneficios del arte y el conocimiento científico, que les permitirían un desarrollo integral de sus potencialidades. En verdad, los bienes más preciados de la cultura sólo son disfrutados por algunos sectores que pertenecen a las clases económicamente dominantes<sup>16</sup>.

En el entorno que proporciona la pobreza, la óptica novelesca muestra el trabajo duro de los varones, pero se detiene, con una mezcla de admiración y rebeldía, en las funciones de las mujeres y los niños. Se destaca el hecho de que todos los miembros de la familia trabajan. Es una labor cooperativa, no individual. Por esa razón, las mujeres no aparecen aisladas ni postergadas de las actividades generales. Por esa razón, también, la figura de Luisa nunca se absolutiza, sino que se inscribe en el grupo familiar y luego en otros núcleos más vastos, como el barrio, la clase pobre o la categoría de los intelectuales.

Las mujeres, sobre todo, trabajan como una bestia de carga, sin descanso ni recreo. Sólo obtienen el mínimo para sobrevivir y reproducir la fuerza de trabajo. Los resabios de autoafirmación que provee el trabajo artesanal les permiten percibirse como seres creadores y activos, por oposición al objeto pasivo. Desarrollan fortaleza moral, dimensiones heroicas y titánicas. La negra plancha y el horno descomunal no sólo devienen símbolos del trabajo enajenado, sino también índices de la supremacía femenina en estos núcleos. Obsérvense los fragmentos siguientes:

Para encontrar nuestra casa no había señas más seguras. Todas las gentes del barrio explicaban con claridad cuando un extraño preguntaba por nosotros: «Allá, exactamente allá, donde se ve aquella plancha negra en aquella puerta, allá viven las Gutiérrez» (p. 15).

No eran simples bocanadas de aire lo que salía de la garganta de mi tía Carmen. Aquel vigor y aquella fuerza eran como su propia sangre, que en roja transfusión circulaba por los carbones negros hasta hacerlos arder en carne viva. Las brasas chisporroteaban cristales rojos; aquella plancha parecía hablar cuando por su boca asomaban, como lenguas, triunfantes llamas azules (p. 14).

En las grandes familias populares de los barrios bajos, las matronas —la madre, la abuela y las tías— tienen voz y voto en la vida del clan y toman las decisiones fundamentales. Los hombres, los esposos o compañeros, se integran, generalmente, al seno de estas familias y allí crecen los

<sup>16</sup> Se utiliza el término cultura como sinónimo del resultado de la transformación sobre la naturaleza que el proceso de trabajo social ejerce.



niños, casi como hijos de todas las mujeres, indistintamente. Se ejerce casi una suerte de derecho materno. La abuela es una especie de madre fundadora, de la que proceden generaciones de descendientes femeninos.

La madre de Luisa es directora de esta cooperativa familiar y goza de un alto prestigio. Ella escoge el destino de Luisa:

Bajo la firmeza de aquellos brazos incansables, quedó decidido y decretado por mi madre que yo iría a estudiar a la Normal, a hacernos maestra (p. 69).

Además, las diferencias entre el vigor masculino y femenino casi desaparecen, gracias al ejercicio muscular constante. La mujer es «fuelle» y «motor». En la medida en que no hay propiedad que el hombre detente y deba heredar, ni es único proveedor, la autoridad absoluta del varón no encuentra asidero. Sin embargo, sobre todo en el momento de sancionar las faltas de los hijos, reaparece su violencia de macho.

Estas mujeres se interesan por cultivar la limpieza espiritual de sus hijos, pero ésa es tarea difícil. Las penurias engendran el mal humor y la amargura, que se exteriorizan en gritos, golpes o riñas. La vivienda oscura, asfixiante, sin un mínimo de higiene ni privacidad, conduce a un precoz y grotesco conocimiento del sexo. Además, la casa es hogar y taller; la gente vive entre los desperdicios de la artesanía:

En nuestra casa no hubo nunca sala, ni dormitorios independientes, ni comedor, ni biblioteca, ¡nada! Todo el espacio había que cederlo a las máquinas de coser, a las mesas de planchar, a los bancos y mesitas de los zapateros, a las bateas y a los barriles, a las grandes ollas y a un enorme horno de ladrillo... (p. 16).

Las condiciones oprobiosas de la mujer trabajadora y su familia se agravan con las altas tasas de natalidad, que son, a la vez, consecuencia de los bajos niveles educativos y de la carencia de otras formas de goce. El exceso de niños redundará en la presencia de mano de obra barata o gratuita, pero intensifica la pauperización de la familia.

El estilo de vida de la familia de Luisa nos remite a los restos de formas artesanales de producción y señala una época de transición entre un pasado agrícola y un incipiente desarrollo urbano, que agudiza las diferencias de clase.

A partir de estas condiciones en que se desarrollan Luisa y su familia, la perspectiva global del texto, que coincide con la de la protagonista, establece una confrontación de las ideas y teorías de la cultura burguesa oficial con la vida real. Así permite que la dimensión práctica actúe, en primer

lugar, como factor de selección, dirigiendo el interés de Luisa hacia alguna propuesta, en detrimento de otras. En segundo lugar, sirve de criterio de valoración de los contenidos culturales. En tercer lugar, esos conocimientos se convierten en herramientas al servicio de las reivindicaciones proletarias, como la igualdad, la justicia social y la libertad.

Sobre todo desde su ingreso a la Escuela Normal, Luisa comprende el contenido clasista de las expresiones artísticas, filosóficas y religiosas. Comprende que ha penetrado en el seno de una minoría educada —de origen oligárquico y de incipientes capas medias— y que su familia y su barriada son una porción de la mayoría semianalfabeta. Intelectuales como Joaquín García Monge, fundador y director de *Repertorio Americano*; Omar Dengo y también Carmen Lyra se convierten en los educadores de los nuevos sectores medios en ascenso, a los cuales Luisa y su familia representan.

Se establece un contraste entre la palabra literaria, que muestra formas burguesas de vida, sublimadas y convertidas en arquetipos, y la situación real, que resulta ajena a la de sus aspiraciones e inalcanzable para la familia trabajadora. Obsérvese este universo, paralelo a la sórdida casa-taller de Luisa, enunciado por una canción escolar:

Hogar, dulce hogar,  
hogar de mis recuerdos,  
a ti volver anhelo.  
No hay sitio bajo el cielo  
más dulce que el hogar (p. 18).

El mundo del cuento maravilloso se vuelve absurdo al abocar con las prácticas vitales de los niños humildes. Dice la narradora:

Nosotros éramos chiquillos prácticos y realistas, nunca supimos nada de la historia de El Pájaro Azul, ni de la carroza de la Cenicienta... (p. 57).

La carencia inicial de Luisa y su familia en el aspecto educativo se vincula a una concepción religiosa, de carácter mágico, que sirve de consuelo y esperanza a las mujeres de los barrios pobres. Por otra parte, está impregnada de alusiones infernales. Son creencias elaboradas a la medida de sus concretas necesidades, las proveen de un amplio santoral, de recetas y plegarias de índole práctica. Están dedicadas a prevenir y curar enfermedades, resolver problemas económicos y sobre todo retener el amor del compañero. Esta tendencia femenina a reivindicar su derecho al amor y a la estabilidad familiar es apoyada con rigor y emoción por



la perspectiva del texto. Unos ejemplos sobre la dimensión religiosa son los siguientes:

Allí estaban, ante nuestros ojos, los santos y santas de fama mundial por sus milagros, recomendadas por las vecinas y familiares que afirmaban a pie juntillas, la insuperable magia de cada uno de ellos, para la solución de todos los problemas que sufren los cristianos en esta tierra.

Allí San Caralampio, glorioso presbítero y mártir, primer abogado contra la peste de todos los peligros de contagio y cuya oración rezaban mis tías, cuando habría epidemia de tosferina y viruela. Más allá Jesús de la Buena Esperanza...

Santos y novenas revueltos con las brujerías y recetas de menjuyes, completaban el bagaje de su profesión. (De la Dorilla).

La preferida de todas era la oración de Santa Marta, que compraban por igual las damas pecadoras y las señoras honradas, porque para milagros de amor legal o clandestino, no habría como esta creación... (p. 29).

La penuria económica y social a la que se encuentran condenados los sectores populares suscita una sensación de impotencia. La religión aparece como la expresión de su miseria, su felicidad ilusoria y su protesta contra la miseria real. Es necesario que Luisa se libre de esta clase de religiosidad para que, desengañada de soluciones mágicas y externas, modele su propio destino. Muy pronto observa que los únicos ángeles de la guarda de los niños pobres son las piadosas prostitutas, reivindicadas en la perspectiva novelesca por su valor y generosidad y entendidas como problema social. Afirma la voz narradora:

Para nosotros, aquel ángel siempre estuvo pintado en la pared.

¿Qué habría sido de su pureza blanquísima si alguna vez se hubiera atrevido a andar detrás de nosotros, cuidándonos por aquellos vericuetos y calles sucias y oscuras, saturadas de pecado y de miseria? Habría tenido, el desdichado, que arremangarse hasta la rodilla sus vestiduras celestiales y habría tenido también que dejar sus alas inmaculadas colgando de un clavo...

Las experiencias y la vida diaria del barrio confirmaban en nosotros aquella secreta simpatía por las «mujercillas». Quiénes, sino ellas, fueron las que varias veces nos salvaron de una cuereada por haber perdido un diez o una peseta del vuelto de la pulpería? Muchas veces las vimos abrir sus carrieles perfumados para darnos las monedas que habíamos perdido o cachado secretamente para comprar botellitas de azúcar llenas de licor.

Verdaderos ángeles de la guarda nos parecían estas mujeres, cuan-

do acudían presurosas a salvarnos de los castigos familiares y cuando cariñosas nos curaban un raspón... (pp. 22-23).

Las elementales expresiones de religiosidad constituyen uno de los primeros contactos de Luisa con la lengua escrita. Las nuevas lecturas —José Martí, León Tolstoi, Walt Whitman, Emerson, José E. Rodó, Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez imparten a Luisa lecciones de humanismo y orientan su compromiso hacia la comunidad: estos autores pasan a constituir su nuevo santoral. Su discurso literario se vuelve partícipe de la vida cotidiana y pasa a formar parte de la personalidad básica de Luisa. Además, está pronta a compartir sus nuevos conocimientos con su familia mediante la conversación. Así, les da instrumentos para que constituyan su propia opción cultural. La autonomía de Luisa frente a los valores dominantes es una condición de la capacidad de negación del sistema vigente y la búsqueda de alternativas, que desemboca en el compromiso socialista.

#### LOS VALORES CONTESTATARIOS DEL HUMANISMO SOCIALISTA

Se ha indicado que en las décadas del veinte y del treinta se fundaron en Costa Rica una serie de organizaciones que aglutinaron a los sectores intelectuales y obreros con inquietudes sociales y que constituyeron los antecedentes inmediatos del Partido Comunista. En 1923, el general Jorge Volio funda el Partido Reformista sobre la base de la primera Confederación General de Trabajadores; aparece el «Centro Germinal», dirigido por Omar Dengo; el primer Partido Socialista, fundado en 1920 por Aniceto Montero; la Liga Cívica, dirigida por el doctor Ricardo Moreno Cañas; la Alianza de Obreros, Campesinos e Intelectuales, fundada por don Joaquín García Monge, y la Asociación Revolucionaria de Cultura Obrera. Estas agrupaciones marcaron etapas en el desarrollo de la conciencia y de la organización del movimiento popular. Culminaron con la formación del Partido Comunista en 1931, que se plantea la defensa y explicación del régimen democrático liberal y su superación dialéctica en la lucha por la implantación del socialismo.

El ingrediente místico-mítico que se observa en la concepción del mundo de Luisa, la protagonista de *A ras del suelo*, matiza también las interpretaciones de Manuel Mora, Carmen Lyra y, en general, está presente en la formación de los partidos comunistas en América Latina<sup>17</sup>. El ele-

<sup>17</sup> Cfr. José Arico, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México: Siglo XXI, 1980).



mento místico-mítico heredado de Nietzsche y del anarcosindicalismo francés recupera el valor perenne del mito en la formación de los grandes movimientos populares. El mito por excelencia para Sorel, teórico del anarcosindicalismo francés, es la huelga general; para Mariátegui, Manuel Mora, Carmen Lyra y Luisa González es la revolución proletaria. Adoptan también la confianza soreliana en el desarrollo de la conciencia y la voluntad de las personas.

Semejantes ideas se explican en el ámbito nacional por la presencia de las ideas anarquistas, sobre todo por medio de Omar Dengo en el «Centro Germinal» y eventualmente en la Escuela Normal, de la cual fue director y donde se formaron generaciones de maestros como Luisa González.

Obsérvese la misma concepción mística del marxismo en Manuel Mora Valverde, uno de los fundadores del Partido Comunista costarricense:

¿Que vamos contra la religión? No voy a argumentar mucho al respecto. Yo pregunto: ¿Qué es la religión? ¿La religión es un conjunto de fórmulas para aprendérselas de memoria y recitarlas periódicamente? ¿O la religión es una filosofía de fraternidad humana? Si es esto último, yo pregunto: luchar contra este régimen que mata a los hombres, que propicia las inmensas destrucciones de trigo, de azúcar, de café, etc., etc., que hacen falta a los millones de desocupados que deambulan por las calles del mundo; que hace a los niños tuberculosos por desnutrición; que ametralla a los que piden trabajo, etc. ¿Quién es más religioso en ese sentido de la palabra que acabo de expresar y que es el único justo: el que se pasa la vida rezando con los ojos en blanco, y permite que la iniquidad continúe entronizada a su alrededor, o el que sin preocuparse mucho de recitar oraciones lucha por la justicia social?<sup>18</sup>

Así como la evolución de Luisa traza relaciones dialécticas entre literatura, religión y realidad, de la misma forma compara la teoría y la práctica educativa.

Fortalecida por su «nueva religión», por su fe en la capacidad transformadora del magisterio, Luisa abre su experiencia docente bajo la inspiración de la Mistral, que también ve la educación como un apostolado. Un apostolado sufrido e ingenuo, que soporte la miseria personal, las penurias de los alumnos y les entregue valores externos.

Dame el amor único de mi escuela: que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes (p. 93).

<sup>18</sup> Gilberto Calvo y Francisco Zúñiga Díaz, *Manuel Mora Valverde. Discursos (1934-1979)*; «Contra la religión» (1934) (San José: Editorial Presbere, 1980), páginas 24-25.

Intenta implantar la escuela ideal entre sus discípulos, niños desnutridos, sucios, fruto de hogares degradados por la miseria. El texto evoca *Las siluetas de la maternal*, de Carmen Lyra, pues ambas se enfrentaron a un material humano que la educación, por sí misma, no podía superar. Luisa, como maestra, profundiza su contacto con la injusticia social, que incide negativamente en sus esfuerzos pedagógicos:

—Chiquitos —decía Carmen Lyra—, hay que dormir con las ventanas abiertas para respirar el aire puro durante la noche, y el pobre Carlillos, que vivía en el «Callejón de la Puñalada», levantó su manita para preguntar:

—¿Cómo hacemos, niña, si mi casa no tiene ventanas?

El pobre niño vivía en un ranchillo tapado con latas y cartones viejos (p. 125).

Luisa intenta dar soluciones de cariz idealista a los problemas del proceso de enseñanza-aprendizaje. Propone la educación del espíritu y confía en el valor de la escuela como forjadora de una moral y una filosofía. Soslaya las implicaciones políticas y económicas de la práctica escolar. Evoca sus pensamientos:

Sí, sí, me decía yo, allí está la clave del problema: primero hay que educar a las gentes para que comprendan la justicia y la puedan entender sin cometer desmanes ni violencias inconvenientes; hay que enseñar al pueblo las doctrinas del amor, del perdón, de la superación, para que sepan hacer buen uso de las leyes fraternizando con todos los costarricenses sin hacer diferencias sociales (pp. 126-127).

Las actitudes del espíritu, determinadas por designios cósmicos según su maestro Omar Dengo, se le aparecen como las causas de la tragedia social. Entonces la inunda la desesperanza. Estos son ecos de la llamada «nueva doctrina» pedagógica, que expresa confianza en «la educación como palanca de la historia», lo cual evidencia un desconocimiento de la realidad social<sup>19</sup>.

Recuérdese que, además, la nueva técnica se propuso a partir de 1900: aumentar el rendimiento académico y robustecer la vida psíquica del niño. Diseña nuevos métodos didácticos —consecuencia lejana de las innovaciones técnicas del ascenso burgués— e ignora la filosofía que orienta el sistema educativo y el contexto histórico en que se encuentra. Toma en cuenta los descubrimientos de la psicología infantil y destaca la importan-

<sup>19</sup> Aníbal Ponce, *Educación y lucha de clases* (República Dominicana: Alfa y Omega, s. f.), pp. 172 y ss.



cia de la personalidad del niño tal como se manifiesta mediante el interés.

Así como dentro de la fábrica se organiza el trabajo de tal modo que todo sea colaboración y solidaridad, aunque fuera, entre empresarios, la lucha se desarrolla de manera feroz, la nueva pedagogía impuso el trabajo grupal. Alrededor de centros de interés se asoció a los niños y se estimuló las relaciones entre los grados hasta que se creó la comunidad escolar. El sistema Decroly o Montessori corresponde a la época del capitalismo imperialista.

Luisa descubre que la escuela pública, gratuita y obligatoria, no forma ciudadanos útiles y felices. Los hijos de los sectores populares reciben en la escuela los rudimentos indispensables para mantener su propia explotación. Además reciben un código moral y cívico. Escatiman tiempo al estudio, ya que trabajan para llevar el sustento familiar. Nunca pueden alcanzar el nivel intelectual que les permita dirigir los destinos de su patria. Por eso la misma situación de Luisa, hija de artesanos y dueña de una educación superior, está fuera de lo común.

Paulatinamente germina en la Escuela Maternal una visión crítica de los diagnósticos idealistas de los males sociales, la cual se entronca con la percepción intuitiva de Luisa respecto a la responsabilidad de la burguesía local en el estado de cosas. Los grupos obreros, los asilados políticos y los intelectuales progresistas que han fundado el Partido Comunista la ponen en contacto con nuevos textos escritos, que lanzan explicaciones derivadas del materialismo histórico. Esa escritura se enlaza también con la praxis cotidiana de la maestra:

Pudimos entonces ubicar los problemas de nuestra escuela dentro de todo el fenómeno social y económico de la lucha de clases, hasta entender que la educación no es problema aislado de los fenómenos económicos y políticos de la sociedad, ni que se resuelve con planes utópicos, idealistas, fuera del régimen social en que vive la escuela <sup>20</sup>.

Una vez que entra en contacto con la teoría de la lucha de clases, las doctrinas pedagógicas que ha aprendido en la Normal le parecen inadmisibles. El concepto de que la evolución histórica es un resultado de la lucha de clases trae como corolario que la educación es un recurso fundamental del Estado para reproducir la ideología que legitima los privilegios de la clase dominante.

---

<sup>20</sup> Cfr. las declaraciones de la autora en «Luisa González, a ras del suelo», *Contrapunto* (16 de marzo de 1981): «... simplemente al leer algunos libros autobiográficos se me ocurrió que también yo podía contar cosas como otros escritores lo habían hecho.»

En este momento de su vida, Luisa mantiene sus vínculos dialógicos en los grupos populares, y así como les transmite sus experiencias intelectuales, aprende de ellos sus pautas de organización. Su labor docente entre los obreros tiende a borrar la separación entre el trabajo manual e intelectual, a que la práctica nutra el proceso de enseñanza y a que la comunidad se enlace con la escuela, de manera que el perfeccionamiento de las técnicas del trabajo colectivo prepare a la vanguardia del pueblo y aclare el cambio social.

La vida personal y familiar de Luisa amplía sus horizontes. Su adhesión «a los pobres de la tierra» se orienta hacia un proyecto no capitalista de desarrollo económico y social. Percibe que el hambre y la miseria de las masas, su carencia de ocio creativo, de afirmación artística y de ejercicio racional, no son consecuencia de la escasez de alimentos y medios de vida, sino de la desigualdad de los mismos.

La enunciación del pensamiento popular urbano y la expresión de los sufrimientos y aspiraciones del pueblo se revisten de prestigios, pues constituyen la evocación vital de una hablante madura. La obra se valida como expresión de un «yo», una vida lúcidamente creada que, a menudo, se convierte en «nosotros» por la filosofía solidaria que sustenta el texto. Las imágenes femeninas se alejan, en gran medida, de los estereotipos. Las mujeres aparecen divididas en clases: burguesas y proletarias.

Se alude escasamente a las damas de las clases altas, pero en esos casos aparecen como frágiles, elegantes y superficiales, bastante cercanas al mito de la mujer frívola. Sin embargo, se establece un drástico contraste con las mujeres trabajadoras. Ellas, fuertes y ennoblecidas por el trabajo artesanal y el rol de madres, cabezas de familia, constituyen las bases del cambio social. Promueven el ascenso de sus grupos por medio de la educación y presentan proyectos alternativos de organización político-económica, de carácter socialista. Las prostitutas no aparecen como Evas pecadoras, sino como víctimas del sistema social, y se reivindica su espíritu solidario.